

MEXCALTITÁN, TERRITORIO DE LA IDENTIDAD MEXICANA: LA CREACIÓN DE UN MITO DE ORIGEN

TRADUCCIÓN DE AURELIA ÁLVAREZ URBAJTEL

SOBRE LA COSTA OCCIDENTAL DE MÉXICO, EN EL ESTADO DE Nayarit, a 900 kilómetros de carretera al oeste del Distrito Federal, se encuentra una isla mágica. Ahí, al pie de la Sierra Madre Occidental, entre las inmensas extensiones de manglares donde se pierde la desembocadura del río San Pedro, en medio de una laguna poblada por camarones y garzas, agobiado bajo el calor húmedo del trópico, yace uno de los ombligos del mundo, uno de los "omphalos" de la humanidad. Si no hubiera nadie del exterior para recordarle su originalidad, el pequeño pueblo de Mexcaltitán, con sus 1 750 habitantes, no sospecharía su importancia. Seguiría exportando a los Estados Unidos los crustáceos que unas aguas generosas le ofrecen todo el año al alcance de la red. Durante las crecidas de temporal, el río San Pedro mezcla sus aguas con las aguas de las lagunas costeras, y favorece la reproducción de camarones de agua dulce; al llegar el estiaje, los camarones de agua salada son la ganga de los pescadores, organizados en cooperativas.

El pueblo se adaptó muy bien a esa fértil alternancia; las calles, secas cuando bajan las aguas, se convierten en canales cuando suben éstas; las altas banquetas que sorprenden al visitante que llega durante la temporada seca son entonces muelles donde atracan las canoas y descansan troncos inestables que sirven de pasarelas. Esas calles originaron la fama "masiva" de Mexcaltitán. El pueblo ocupa toda la superficie de esa isla redonda, de 350 metros de diámetro. Dos pares de calles paralelas lo atraviesan de parte a parte y se cruzan en el centro, en ángulo recto, dibujando una plaza rectangular dominada por las fachadas de la iglesia y del palacio de gobierno. Una quinta calle, circular, reúne en la periferia de la isla las ocho extremidades de las calles rectilíneas, que se prolongan como malecones en la laguna.

La geografía tan particular del pueblo no deja de llamar la atención, pero su historia es oscura. El topónimo no se menciona antes de 1550 en los documentos coloniales conocidos (*unomásimo*, 1989); en 1619, el lugar se describe someramente por primera vez, como un agrupamiento de 25 o 30 casas (Arana Álvarez y López González, 1989:13). Hasta la segunda mitad del siglo XX, los documentos utilizados por los historiadores de Mexcaltitán no mencionan su notable plano, de tal manera que no puede ser fechado. Ninguna de las construcciones del pueblo es anterior al siglo XX, y la isla todavía no ha proporcionado testimonios arqueológicos. Unas islas vecinas han dado algunos débiles restos de tumbas y de cerámica, mientras que en la tierra firme, la historia y la arqueología son un poco más satisfactorias.

LA "CUNA DE LA MEXICANIDAD"

Pese a la modestia del sitio y de los recuerdos, Mexcaltitán reviste una inmensa importancia, ya que "aquí se inicia la historia de una gran raza" (Romero Gallardo, 1989:6): "de esta isla salió la tribu nahuatlaca de los aztecas en el año 1091 (...) para formar el más grande imperio hasta entonces conocido y fundar la espléndida Ciudad de Tenochtitlán en 1325, que llenó de asombro a los españoles conquistadores" (*Mexcaltitán, Zona de monumentos históricos*). El pueblo, "punto simbólico del origen de los mexicanos",* está considerado como la "Cuna de la Mexicanidad"* (Arana Álvarez y López González, 1989:12), es decir como Aztlán, origen legendario de una de las civilizaciones más majestuosas del mundo antiguo, lugar digno de figurar junto a Delfos, centro de la helenidad, o del Edén bíblico, de donde proceden judíos y cristianos.

Más aún, algunos vieron en Aztlán a la Atlántida desaparecida (Alonzo Fernández; Bonilla, 1980), pero sólo nos interesan aquí las tesis que recibieron el apoyo oficial, que abarca desde la publicación de investigaciones (ver: Referencias), hasta la organización de festividades específicas, pasando por un decreto presidencial. "Los hombres cultos de Nayarit, apoyados por el Gobierno del estado, han hecho esfuerzos importantes para rescatar la indiscutible e histórica fecha en que los viejos habitantes de esta entidad partirían al centro del país"* (*unomásimo*, 1989). A partir de ahora, se trata de fijar la época de la salida de Aztlán, y su localización ya no parece dejar dudas, lo cual no siempre fue así.

Los aztecas habían descrito a los misioneros europeos su lugar de origen como una ciudad sobre una isla en medio de un lago, y habían relatado el viaje a un grupo de sabios que obedecían las órdenes del soberano Moctezuma el viejo en los años 1455 - 1465, para encontrar "ese lugar feliz llamado Aztlán, en donde vivieron nuestros padres" (Diego Durán, citado por Duverger, 1983:83). Después de este primer viaje logrado gracias a la magia, y desde el siglo XVIII, eruditos y hombres de ciencia intentaron repetidas veces localizar a Aztlán, pero los aztecas no dejaron muchos elementos para apoyar esas investigaciones. De diez códices antiguos estudiados por Christian Duverger (1983:75 - 77), cinco no dan ningún dato sobre la localización de Aztlán; tres indican vagamente el norte; dos, sin mayores precisiones, el occidente. Solamente hasta el siglo XX, Mexcaltitán será reconocido como Aztlán; así lo atestiguan varios indicios.

*Las citas con asterisco, en español en el original.

La localización de la isla concuerda con la imprecisión "noroccidental" de las crónicas, y con la hipótesis de que los aztecas son nómadas que llegaron del noroeste para instalarse en las altas mesetas centrales de México. El topónimo de Mexcaltitán podría significar en náhuatl "el lugar de la casa de los mexicas" (Tibón, 1980). Se da una coincidencia física entre la descripción de Aztlán, el sitio de Mexcaltitán y el antiguo México - Tenochtitlán: en los tres casos, existe una ciudad sobre una isla en medio de un lago. La capital azteca, según la imagen que los conquistadores nos dejaron, compartía el esquema de organización espacial del pueblo actual, con una estructura cruciforme cuyo rastro conserva la metrópolis actual.

"Mexcaltitán tiene una gran relación con el mítico Aztlán, lugar de origen de los mexicanos, fundamentalmente por la similitud de esta isla con Tenochtitlán, así como por el símbolo del águila devorando una serpiente que dio origen a la fundación de México" (Arana Álvarez y López González, 1989:4). La leyenda indica que el dios tribal de la gente de Aztlán, Huitzilopochtli, le dio la orden de marcharse y de vagabundear hasta que le enviara su señal, un águila posada sobre un nopal, que apareció en un islote, en medio de la laguna que ocupaba entonces la cuenca de México, D.F. La visión enviada por el dios, emblema de la capital azteca, figura hoy sobre la bandera nacional y los documentos oficiales mexicanos; ahora bien, en el Museo Regional de Nayarit se puede admirar un bajorrelieve de piedra que representa un pájaro atrapando a una serpiente: "Cuando la tribu está preparada para la caminata, Huitzilopochtli le entrega al sacerdote (...) una piedra culpida (...) de una águila - garza sobre una serpiente que le ayudaría a recordar la señal" (Romero Gallardo, 1989:15).

LAS INCAPACIDADES DE LA CIENCIA Y LAS CERTIDUMBRES DE LA FE

Sin embargo, la duda científica acerca de la identidad de Aztlán y la historia de Mexcaltitán no se ha borrado, dada la fragilidad de las pruebas proporcionadas. Esto sucede con la señal de Huitzilopochtli: en la época azteca, el águila, símbolo solar y atributo del dios, devora una tuna o un pajarillo colorado, que simbolizan el corazón humano, ofrecido como sacrificio al sol para que éste siga su curso. Durante el siglo XVI, los misioneros encargados de convertir las imágenes indígenas en alegorías europeas (el águila celeste —el bien— contra la serpiente terrestre —el mal—) sustituyeron la tuna o el pájaro por una serpiente, como también lo hicieron sus intérpretes indios, que ocultaron así la importancia del sacrificio humano en su religión (Duverger, 1983:307 - 317). Con la Independencia, esta imagen colonial edulcorada le dio su escudo a México, lo que nos aleja por lo tanto de la garza y la serpiente de Nayarit, de las cuales se han apoderado los propagadores actuales del mito.

Aunque lejos de ser trivial, una ciudad sobre una isla en medio de un lago, no es algo excepcional en Mesoamérica: Pátzcuaro en el oeste de México, y Flores en el este de Guatemala, son los ejemplos más célebres. En cuanto al patrón urbanístico, desconocido en el caso de Aztlán, difiere sensiblemente en Mexcaltitán y en Tenochtitlán. En la capital azteca, la cruz formada por los dos grandes ejes separa a cuatro sectores; en el pueblo nayarita, cuatro ejes separan a ocho sectores. La calle periférica de Mexcaltitán introduce en el plano una



Fotografía aérea de Mexcaltitán y su laguna. (Secretaría de Turismo del Estado de Nayarit.)

estructura circular, que se puede asociar con una tradición urbanística y arquitectónica del occidente prehispánico (Weigand, 1990), pero que está ausente del urbanismo antiguo del centro de México, y es poco frecuente en sus construcciones.

En todos los casos, ya sean los sitios circulares del oeste, ya las ciudades cuadrículas de las mesetas, la arqueología precolombina indica que el centro estaría más bien ocupado por una construcción: en México - Tenochtitlán, los ejes cardinales se cruzaban justo arriba de la pirámide del Templo Mayor, que materializaba al eje vertical cielo - tierra. En Mexcaltitán, como en numerosas ciudades mexicanas de hoy, el centro está ocupado por una plaza en cuyos ángulos desembocan las calles principales: concepto urbanístico típico del Renacimiento europeo y de la colonización española.

La etimología del topónimo no deja mayores certidumbres: es preciso suponer un cierto número de alteraciones para hacer de Mexcaltitán "el lugar de la casa de los mexicas". Pero también es factible, lingüísticamente hablando, verlo como "el lugar de los agaves", o bien como "el lugar de la casa en medio de la laguna" (Tibón, 1980; Duverger, 1983). Esta última interpretación parecería más conforme con el sentido común geográfico, al que la presente discusión no se refiere, pues se trata de una geografía mágica. El propósito de este artículo no es, por lo tanto, demostrar que Mexcaltitán no es Aztlán sino, al contrario, entender por qué Mexcaltitán es Aztlán en el México de hoy.

¿MONUMENTO HISTÓRICO O MITO NACIONAL?

No cabe duda de que este sitio al otro lado del mundo produce una fuerte impresión, con su dibujo de valor universal: la cruz en el círculo, jeroglifo del Egipto antiguo (Pinchemel, 1988:197). Pero no es ésta la razón que evoca el presidente de la República cuando firma en 1986 el "Decreto por el que se declara una zona de monumentos históricos en la población de Mexcaltitán", considerando que "es una población cuyo toponímico náhuatl significa 'La Casa de los Mexicanos' y par-

tiendo de lo anterior la población en sí misma constituye un documento de enorme valor para la historia de México", gracias también a su "disposición urbana característica" y su "expresión única". Este "elocuente testimonio de excepcional valor" justifica la decisión presidencial de proteger un "extraordinario patrimonio" (Diario oficial, 1986).

La clasificación de Mexcaltitán entre los espacios más sacralizados y protegidos de la nación permite captar los intereses que están en juego. En efecto, el Estado define el patrimonio cultural y lo confía al INAH, administración encargada de "reconstruir y definir la identidad cultural de la nación", según la fórmula de su director (Florescano, 1987:3). Con ello, opera una selección de los elementos útiles para la construcción de una memoria nacional que lo apoyará, en detrimento de toda historia que tendería a negar la realidad de esta unidad en torno al Estado. Junto a la escolarización, a la apertura de la economía globalizante, a las guerras y al servicio militar, se coloca el patrimonio "nacional", instrumento fundamental de unificación y de uniformización que el Estado no ha dejado de utilizar para reducir las diferencias y las contradicciones etnoculturales de México, y adecuar el país al modelo de Estado-nación.

La protección de Mexcaltitán, más que a la simple preservación de un espacio, contribuye ante todo a crear un territorio particular, un territorio de la identidad nacional que permita incorporar el Estado a la geografía simbólica de la mexicanidad. La elección de un mito azteca proviene del modelo de organización que el Estado buscó valorar, el de un poder centralizado al extremo, similar a la imagen que da el imperio azteca. Políticamente, esta elección no es gratuita, ya que en un país plurinacional un modelo descentralizado implica una pérdida sustancial del poder del centro. Aquellos que recuperaron las riendas del Estado, durante la Independencia, con la Revolución, y en cada elección presidencial, nunca promovieron semejante modelo, que aparentemente la antigua civilización maya hubiera podido proporcionar. La renovación contemporánea del mito de Aztlán y el destino de Mexcaltitán, lejos de ser peripecias, hacen de estos lugares unos símbolos federadores centralistas que concentran a la nación en torno a su único denominador común, el Estado. La Fiesta de la Mexicanidad nos da otro ejemplo en el mismo sentido.

FIESTA DE LA MEXICANIDAD Y DE LA CENTRALIZACIÓN

No se ha de creer que la clasificación de Mexcaltitán fuera un acto aislado e ignorado. El sitio tiene un "fan-club" que logró movilizar desde entonces, en diversas circunstancias, no solamente a la universidad y al gobierno del estado de Nayarit, sino también a las secretarías federales del urbanismo (SEDUE), y de la cultura (CNCA), así como también al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y otras instituciones nacionales importantes, como el Fondo de Cultura Económica (*La Jornada*, 1990). ¿Coincidencia? Esta empresa del Estado, la editorial más importante de América Latina, está dirigida actualmente por el ex presidente de la República, quien firmó el decreto de protección de Mexcaltitán. Uno de los encuentros más importantes fue la "Feria de la Mexicanidad" en Tepic, en 1989, en donde "todo fue esplendor, solemnidad, motivación, surgimiento de una nueva festividad que intenta impulsar el rescate de nuestras raíces rememorando lo

mejor de lo nuestro, justo en el lugar donde según evidencias históricas, hace mil años florecía el reino de Aztlán." (uno-másuno, 1989).

Ya vimos que las "pruebas históricas" no son evidentes; el intervalo ritual de mil años está aquí para recordar que nos encontramos en el tiempo mítico. Pero además, el hecho de organizar la Primera Fiesta de la Mexicanidad cerca de su "Cuna", descansa en un malabarismo semántico: la proximidad fonética entre el antiguo *mexica* y el actual *mexicano*, permite darle una continuidad a la mexicanidad. Así, Aztlán, lugar de origen de los aztecas-mexicas, se convierte en el punto de partida de todos los mexicanos, ¡sean de origen maya, mixteco, tarahumara, español, libanés o barcelonette! Así, Mexcaltitán, hipotético "lugar de los mexicas", se convierte en "la casa de los mexicanos". Es esto, más o menos, lo que hacían los viejos manuales franceses de historia, en donde a "nuestros antepasados los galos" apenas les incumbía la colonización romana y luego los sucesivos aportes germánicos, italianos, árabes u otros, a través del tiempo.

De hecho, los poblamientos diferenciados de México no se suceden, sino que coexisten en el tiempo: no se puede alegar la presencia de un fondo común al que posteriormente se habrían agregado otros elementos. La población prehispánica en el territorio del México actual estaba tan diversificada como la de Europa, y los yucatecos del sureste debían sentirse tan cerca de los yaquis del noroeste como los portugueses de los eslavos. La colonización por una sola potencia le dio una unidad al espacio nacional de hoy, y no el pasado precolonial, en donde tlaxcaltecas y purépechas (tarascos) no dejaron de luchar contra los aztecas, como los helenos y los medos de la antigüedad, o los ingleses y los franceses de la Edad Media. Por lo tanto es abusivo, al menos científicamente, hacer de Aztlán el origen y el centro de los mexicanos, pero esto no le impide al Estado, en sus diferentes niveles (federal y federado), avalar y favorecer la recuperación - adaptación del antiguo mito azteca en el México contemporáneo.

LA CONSAGRACIÓN DEL ESTADO-NACIÓN: GRANDES INTERESES Y PEQUEÑOS PROVECHOS

El culto que tiene su templo en Mexcaltitán también tiene sus ritos, que aseguran la asociación estrecha del Estado con la nación: "A nombre del Presidente Carlos Salinas de Gortari, y



El inicio de la migración: los aztecas salen de Aztlán. (Álvarez Arana y López González, 1989:7.)

en medio de un colorido espectacular de contenido autóctono, el director general del Instituto Nacional Indigenista, doctor Arturo Warman, inauguró aquí la primera Feria de la Mexicanidad (...) acompañado por el gobernador nayarita Celso Humberto Delgado Ramírez, de los gobernadores tradicionales coras, huicholes, tepehuanos y mexicanos, así como de los embajadores de Hungría, India y Argentina" (Excelsior, 1989).

Todos asisten a la consagración del Estado - nación: los representantes indígenas (el otro interior que hay que integrar) y los representantes del extranjero (el otro exterior que debe convencerse de la unidad), comulgan con los representantes del Estado, totalmente integrador y "operador de la identidad nacional" (Nora, 1987:143), y con la "población general nayarita que está vivamente orgullosa de sus raíces de mexicanidad" (unomásuno, 1989).

La peregrinación a Aztlán, además de que opera una "supervaloración de la identidad mexicana como fuente inagotable de energía política" (Bartra, 1989:199), le permite al gobierno convertirse en guardián de la identidad del país, depositada en la casa común de los mexicanos: "Recordó el mandatario nayarita que la inquietud por dicho análisis cobró fuerza en ocasión de la visita que hiciera a la legendaria isla nayarita de Mexcaltitán el presidente Carlos Salinas de Gortari" (La Jornada, 1989). Otra ilustración de las estrechas relaciones que atan al Estado con la definición de la historia y la identidad nacionales, está dada por el "Monumento erigido a la Mexicanidad" sobre la plaza principal de un pueblo de Nayarit, que conmemora a José López Portillo y Weber, "uno de los historiadores que han insistido en que Aztlán, Nayarit, es la patria primitiva de los mexicanos" (unomásuno, 1989), y también padre del ex presidente de la República. Voluntariamente o no, el monumento a la mexicanidad acaba por ser al mismo tiempo un monumento al Estado.

Las ventajas de la operación difieren según los interesados. Por su lado, el estado de Nayarit puede utilizar esta campaña publicitaria a escala nacional para desviar un flujo turístico que aprovechan sobre todo las grandes estaciones balnearias de los estados vecinos (Puerto Vallarta en Jalisco, Mazatlán en Sinaloa, Los Cabos en Baja California Sur). De manera más insidiosa, probablemente intenta llamar la atención y los créditos del gobierno federal. Para éste, se trata de establecer su poder como voluntad de la nación, al invertir la historia que hizo de la nación un producto de la voluntad del Estado. La identificación de la voluntad de éste con la voluntad de la nación justifica entonces todas sus acciones, aun ilegales (Segovia, 1979:20 - 23).

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA DE LA NACIÓN

De hecho, para el Estado se trata tanto de establecer la memoria que dará cuenta de su legitimidad como representante de la nación, como de asegurar su dominio simbólico sobre el territorio que le da cuerpo. La construcción de una memoria oficial estuvo ligada a las vicisitudes históricas de la formación del nacionalismo mexicano. La Independencia estuvo fomentada por intelectuales criollos, españoles nacidos en la colonia e influidos por los conceptos europeos de soberanía, de pueblo y de nación surgidos de las Luces. Una vez creado el nuevo Estado, fueron los criollos, como Lucas Alamán y José María Luis Mora, quienes intentaron, en vano, encontrarle

una nación (Dumas, 1982:51 - 59). Luego, gracias a las guerras contra el Otro (español, norteamericano, francés o... mexicano), incandescentes entre 1810 y 1867, nace un nacionalismo que produce, durante el siglo XIX, varias teorías de la identidad, varias memorias posibles.

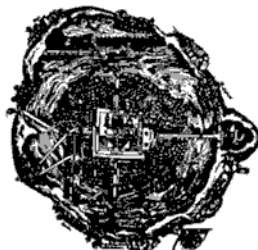
Algunos, después de Ignacio Manuel Altamirano, vieron a la raza mexicana como la heredera de la nación azteca, perspectiva retomada en parte por la obra fundamental *México a través de los siglos* (1877 - 1889), en que la historia del país comienza con la antigüedad precolonial. Pero otros (Andrés Molina Enríquez, José Vasconcelos) hicieron del mestizo el arquetipo y el modelo del verdadero mexicano, dejando de lado al criollo por su fraternidad con el extranjero, y al indio por su lealtad a su comunidad. Al no contar el pasado prehispánico, la Colonia era el crisol de la nueva nación mestiza, que debió de esperar la creación de un Estado mestizo para llegar al mundo (Brading, 1985:23 - 24; 34 - 35). Este debate sobre la naturaleza de la nación mexicana, de origen azteca, de ascendencia española y de esencia mestiza, iniciado públicamente en la época de Porfirio Díaz y de Justo Sierra, todavía no ha concluido un siglo después (Dumas, 1982:69).

Sin embargo, desde fines del siglo XIX, el Estado ha promovido la teoría de la identidad india de México y ha favorecido la construcción de una memoria autóctona, apoyándose en el desarrollo de la arqueología y en las políticas de protección del patrimonio. La Revolución de 1910 oficializó la idea de una "Restauración" de la nación preexistente a la colonización, que desde finales del siglo XVIII reclamaban Teresa de Mier y Bustamante, que comenzó con la Independencia, pero que aún no ha terminado. En 1916, según Manuel Gamio, "forjar patria" era valorar la raíz indígena (Florescano, 1982:170 - 173); hoy, es proteger a Mexcaltitán.

AHORA VEAMOS AQUÍ

LO SORPRENDETE!

La similitud entre:
la isla de
MEXCALTITAN
Nayarit,
AZTLAN, con...



La antigua
TENOCHTITLAN
(mapa atribuido al
conquistador Cortés,
publicado en
Nuremberg en 1524).

La similitud entre Mexcaltitán y Tenochtitlan. (Romero Gallardo, 1989:20.)

Curiosamente otra similitud el bajo relieve en piedra de la AGUILA-GARZA (que se encuentra en el Museo Regional de Tepic) con



el AGUILA de nuestro Escudo Nacional

La señal de Huitzilopochtli, de ayer a hoy. (Romero Gallardo, 1989: 21.)

LA HABILITACIÓN MÍTICA DEL TERRITORIO

El territorio de ese Estado - nación que atraviesa los siglos y las intervenciones extranjeras ha conocido, como su memoria, modificaciones sustanciales. El imperio azteca, en cuanto se le pueda constituir como territorio continuo, no cubrió más de 250 000 km². En 1822, después de la Independencia, ¡el imperio mexicano de Iturbide se extendía sobre casi 5 millones de metros cuadrados! Durante los treinta años que siguen, la República es llevada a sus límites actuales, inéditos en la historia, con aproximadamente 2 millones de km². Hoy, la "mitificación" de Mexcaltitán permite extender la superficie de la "patria primitiva" de los mexicanos incluyéndole una provincia periférica como Nayarit que, aunque con poblamiento náhuatl, no era azteca; esto, con un doble beneficio: descentralizar los territorios de la identidad, al reforzar el control del Estado central sobre la nacionalidad. Así como los aztecas eran "la gente de Aztlán", los mexicanos son la gente de Mexcaltitán, y no de México, Distrito Federal, lo cual oculta y corrige el peso del centro en la construcción de la identidad nacional.

Mexcaltitán es el "anti - México, D.F." necesario para el equilibrio nacional. Porque la capital y el pueblo, polos opuestos en el continuum de la mexicanidad, encarnan arquetipos complementarios. El D.F. es el centro, la grandeza, la riqueza, el poder: ahí se concentran el 20% de la población y la mayor parte de las actividades industriales, financieras y políticas, de los automóviles, de las profesiones liberales y de los universitarios, de los espectáculos, de las subvenciones y los servicios. En su nombre, en su historia, el D.F. es México: la conquista se hace cuando cae Tenochtitlán, la Independencia se consuma cuando ahí se instala el nuevo Estado, ahí

la Revolución llega a su término. En la esfera simbólica y mítica, el Distrito tiende a ser todo México, lo cual obliga al Estado a actuar para que las franjas abandonadas de su territorio se vinculen a él y le sean reconocidas.

En esta perspectiva, Mexcaltitán es ideal, porque ese símbolo de la periferia, de lo pequeño, de lo rural, de la pobreza, insuficientemente equipado, poco poblado, con una historia oscura y no resplandeciente como la de la capital, permite materializar el otro extremo de la mexicanidad, su origen, mientras que el Distrito Federal es su cumplimiento. Gracias a la mitificación, el margen se convierte en el alfa de la nacionalidad, la matriz, la metrópolis imaginaria, contrapeso de la metrópolis real. Al delegar en Mexcaltitán una parte de la mexicanidad y al convertirlo en el conservatorio de la identidad, el Estado proyecta la nacionalidad desde el centro hacia todas las periferias, sacralizadas como lugares de origen; pero el D.F. nunca deja de ser el desenlace de todo aquello. El camino de la riqueza y del poder es siempre el que lleva de Mexcaltitán al Distrito. El mito confirma la posición del centro y lo arraiga en la imaginación colectiva como un objetivo. Nuestra pequeña isla es emblemática, a su manera, de la transmutación de la historia en mito y del espacio en símbolo, transmutación que el Estado realiza para el interés del centro, que es también el suyo.

TERRITORIOS DE LA IDENTIDAD Y LEGITIMIDAD POLÍTICA

"Establecer una memoria" es "ofrecer los fundamentos de una identidad" (Gruzinski, 1988:250): en el caso de Mexcaltitán, el uso del pasado tiene un objetivo manifiesto: forjar la nacionalidad en su historia y en sus símbolos, que encubre otros fines, ligados a la perpetuación del Estado y de su poder. Según Christian Duverger (1983:339 - 352), la leyenda de Aztlán es un mito establecido tardíamente para legitimar el poder azteca en el valle de México: Aztlán no sería otra cosa que el mismo México - Tenochtitlán, proyectado en el pasado para explicar su existencia al inscribirlo en el orden de cosas local. Sin buscar paradojas, ¿no se puede acaso concluir que el mito de Mexcaltitán, creado por mexicanos de hoy, funciona de la misma manera? Inscribe en una duración a un Estado que existe desde hace poco y en el interés de ese Estado, jalona el territorio de una nación cuya identidad es problemática.

"Comprometidos en una irreprimible lucha por el poder, estos hombres (...) buscan adoptar una historia que les confiera una antigüedad digna de sus aspiraciones y un prestigio a la medida de sus ambiciones" (Duverger, 1983:352). ¿Acaso se trata aquí de la historia de los antiguos mexicanos, o bien de los actuales mexicanos, o también de todas las historias oficiales que intentan fijar el destino de los pueblos? La historia (real) se encarga de hacer imprevisibles los resultados de estas manipulaciones; escapan a menudo al control o a la conciencia de los mitificadores, lo cual no impide que el trasplante se logre; éste parece ser el caso de la memoria nacional que floreció en el imaginario mexicano.

En México como en otras partes, el territorio y la memoria del Estado - nación no están dados de una vez por todas. Su construcción se hace por aproximaciones sucesivas, borradas después con la definición de *lugares de memoria* (Nora, 1987) y de *territorios de identidad* que establecen a posteriori un

AZTLAN • TENOCHTITLAN

MEXCALTITAN

MEXICO

MEXCALTITAN
LA CASA DE LOS MEXICANOS

Mexcaltitán, la casa de los mexicanos. (Portada del expediente distribuido por el gobierno del estado de Nayarit.)

destino manifiesto. Como Aztlán y Mexcaltitán, inscriben los discursos y orientan los recorridos en un espacio - tiempo mitificado, mágico, donde el Estado es immanente. La sacralización del poder, "elemento relativamente constante en esta construcción de representaciones de donde procede la idea de nación" (Dumas, 1982:49 - 50), permite que las conmemoraciones, desde el bicentenario de la Revolución hasta el quinto centenario de la Conquista, pasando por la Fiesta de la Mexicanidad, sustituyan o refuercen la legitimidad política que resulta del voto. ¿Acaso el Estado no se involucraría en la historia si no para superar su condición histórica, para atribuirse una esencia mítica e intemporal, y liberarse de la delegación del poder revocable y limitada en el tiempo?

REFERENCIAS

- Alonzo Fernández, Raúl, s.d., *Aztlán Atlántida*.
 Arana Álvarez, Raúl M. y Pedro López González, *Mexcaltitán: Crónica de su historia*, Gobierno del Estado de Nayarit - Comisión Editorial 1989/Centro regional INAH.
 Bartra, Roger, "La crisis del nacionalismo en México", *Revista Mexicana de Sociología*, año 51 / No. 3: 191 - 220, México, UNAM, 1989.
 Bonilla, Manuel, *De Atlatlán a México (peregrinación de los naboas)*, Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa, col. Rescate, núm. 5, 1980.
 Brading, David A., "Darwinismo social e idealismo romántico. Andrés Molina Enriquez y José Vasconcelos en la revolución mexicana", *Vuelta* 109:20 - 25 y *Vuelta* 110:30 - 35, México, 1980.
Diario oficial, "Decreto por el que se declara una zona de monumentos históricos en la población de Mexcaltitán..." México, Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, 8 de diciembre de 1986, pp. 3 - 5.

Dumas, Claude, "Nation et Identité dans le Mexique du XIXe siècle: essai sur une variation", *Caravelle (Cahiers du Monde Hispanique et Luso - Brésilien)*, No. 38: 45 - 69, Toulouse, Université de Toulouse - Le Mirail, 1982.

Duverger, Christian, *L'origine des Aztèques*, Paris, Seuil, col. Recherches anthropologiques, 1983.

"Les Aztèques et la fondation de Mexico", *L'Histoire*, No. 90: 32 - 39, Paris, Seuil, junio de 1986.

Excelsior, "Inauguran en Nayarit la Primera Feria Nacional de la Mexicanidad", México, 21 de noviembre de 1989.

Florescano, Enrique, "Le pouvoir et la lutte pour le pouvoir dans l'historiographie moderne et contemporaine au Mexique", *Champs de pouvoir et de savoir au Mexique*, Paris, CNRS, GRAL/Institut d'Études Mexicaines de Perpignan, 1982, pp. 165 - 188.

"Patrimonio y política cultural de México: los desafíos del presente y del futuro", *Antropología*, No. 15 - 16:5 - 6, México, INAH, 1987.

Gruzinski, Serge, *La colonisation de l'imaginaire. Sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol XVIe - XVIIIe siècle*, Paris, Gallimard, NRF, 1988.

La Jornada, "Convoca Celso H. Delgado al Simposio sobre la mexicanidad", México, 6 de diciembre de 1989.

"Comienzo en Nayarit simposio sobre el origen de los Mexicanos", México, 27 de julio de 1990.

Mexcaltitán. Zona de monumentos históricos, s.d., Gobierno del Estado de Nayarit/SEDUE Delegación Nayarit.

Nora, Pierre (dir.), *Les lieux de mémoire. II. La Nation*, Paris, Gallimard/NRF, Bibliothèque illustrée des histoires, 3 vols., 1987.

Pinchemel, Philippe et Geneviève, *La face de la terre*, Paris, A. Colin, col. U., 1988.

Raebert, Andy, *Mexcaltitán*, Gobierno del Estado de Nayarit, Comisión Editorial 1989.

Romero Gallardo, Raúl, *Aztlán - Tenochtitlán. Mexcaltitán - México*, Gobierno del Estado de Nayarit, Comisión Editorial 1989.

Segovia, Rafael, "Le nationalisme mexicain (1928 - 1964)", *Intellectuels et Etat au Mexique au XXe siècle*, Paris, CNRS, GRAL/Institut d'Études Mexicaines de Perpignan, 1979, pp. 19 - 28.

Tibón, Gutierre, *Historia del nombre y de la fundación de México*, Fondo de Cultura Económica, México, (2ª ed.), 1980.

l'nomásuno, "Un reencuentro con Aztlán, la Primera Gran Feria Nacional de la Mexicanidad en Tepic" y "De Mexcaltitán a la fundación de Tenochtitlán", México, 4 nov. 1989, p. 26.

Weigand, Phil, "The Teuchitlán tradition of western Mesoamérica", *La época clásica. Nuevos hallazgos, nuevas ideas*, Carlos de Méndez (Amalia) coord., INAH, MNAH, México, 1990, pp. 25 - 54.

